

los esposales de la reina. Vivió en Madrid hasta su muerte, siempre firme en su postura política: «Hoy, tan liberal como ayer; mañana, tan liberal como hoy; menos, jamás», según frase de la carta que dirigió a la nación en 1851. ■ JOSEFINA PASCUAL.

A VUELTAS CON LOS FISIOCRATAS

Desde que W. Leontief elaboró la tabla input-output, el **Tableau Economique** de François Quesnay volvió, en alguna medida, a estar de actualidad. Muestra del interés que suscita es el difundido libro (**La fisiocracia**), de R. L. Meek, profesor de la Universidad de Glasgow, que ahora Ediciones Ariel (1975, 269 págs.), pone al alcance del público de habla castellana en una traducción que dista de ser correcta. La edición original inglesa (Londres, 1962) incluía una antología de textos de Quesnay que ha sido suprimida en la edición española. Por otra parte, Quesnay ha sido recientemente publicado en nuestro país en una cuidada edición a cargo de Valentín Andrés Álvarez («**Le Tableau Economique**» y otros estudios económicos. Madrid. Ediciones de la Revista de Trabajo (1974), 378 págs.) (1).

El libro de Meek consta de una introducción y cinco artículos, cuatro de ellos publicados en diferentes revistas especializadas entre 1951 y 1960, aunque hayan sido corregidos al editarlos en volumen. En la introducción se presenta la obra de Quesnay y Mirabeau, insistiendo en cómo para el fundador de la fisiocracia, la base del orden social radica en el orden económico, para exponer después la preeminencia dada por la fisiocracia a la agricultura, el concepto del producto neto, algunas consideraciones sobre la situación de la agricultura francesa en la época en que escribía Quesnay, los principios de la escuela fisiocrática y su auge y decadencia.

El capítulo siguiente, versión corregida y ampliada de un artículo publicado en 1960, se ocupa de los pro-

blemas planteados por el **Tableau**. En primer lugar, de los problemas eruditos a que dan lugar las sucesivas ediciones y sus variantes, tema al que Meek dedicó una obra posterior en colaboración con Marguerite Kuczynski (**Quesnay's Tableau Economique**. Londres. Royal Economic Society. 1972). Después el autor entra de lleno en una amplia y a veces farragosa explicación (págs. 58-87) del **Tableau** para considerar después los cuatro paralelismos principales establecidos entre la obra fundamental de Quesnay y algunos métodos modernos de análisis: el sistema de equilibrio general de L. Walras, el enfoque keynesiano de equilibrio de los agregados económicos, los modernos métodos de análisis dinámico y el ya citado sistema input-output de Leontief.

El capítulo tercero (1959) se ocupa del beneficio, concepto capital en el sistema fisiocrático, centrándose en los pasajes de Quesnay que autorizan a admitir que el autor del **Tableau** consideraba el beneficio del empresario agrícola incluido «en los retornos anuales al granjero junto a sus costes ordinarios de cultivo» (p. 98). Especialmente en la **Filosofía rural**, Quesnay «reconoció la existencia de los beneficios empresariales, tanto en la agricultura como en la industria, pero los reconcilió con su doctrina de que la renta de la tierra era la única renta con naturaleza de excedente...» (p. 110). Sus seguido-

res profundizaron en diversos conceptos económicos; así, Beaudeau reconoció la importancia de la división entre empresarios y asalariados, tanto en la agricultura como en la manufactura, al mismo tiempo que abogaba por «la aplicación de capital y métodos capitalistas a la agricultura» (p. 115). Turgot irá más lejos al enunciar los posibles empleos de capital, llegando a poner en tela de juicio la pretendida esterilidad fisiocrática de la manufactura. Du Pont de Nemours llegaría a escribir en 1805: «El incremento de capital es el principal medio de incremento del trabajo y la mayor preocupación de la sociedad» (cit. p. 117). Como señala Meek, «con Turgot, la fisiocracia empieza a hacer aguas...» (p. 120).

El capítulo cuarto, cuya primera versión data de 1951, expone las doctrinas fisiócratas sobre el consumo para examinar después las teorías subconsumistas de Spence, Sismondi, Malthus, Chalmers, etc.

En el capítulo quinto (1951), Meek pone de relieve las finidades y diferencias entre los fisiócratas y Adam Smith y sus seguidores. Ambas escuelas «trabajan en una estructura de objetivos y conceptos similar en términos generales» (p. 180). Las diferencias radican en la consideración de la forma que adopta el excedente social; mientras para los fisiócratas la única forma del excedente social es el producto neto, para Adam Smith es la renta y el beneficio.

El trabajo final, «Interpretación de la fisiocracia», se propone «aportar luz sobre la **validez**» (p. 210) de tal doctrina, renunciando, por insuficiente, a la mera descripción y comparación —método habitual, según el autor, entre los historiadores del pensamiento económico—, entre las doctrinas contemporáneas y las fisiocráticas. Aunque para Meek el problema de la validez de una doctrina «sólo puede ser relevante en el caso de **algún método particular de análisis**», reconoce una base común de los diferentes estadios de la ciencia económica: «el sistema de cambios de mercado» (p. 213). Partiendo de tales premisas centra la cuestión en torno a si la doctrina fisiocrática significó o no un progreso en el análisis económico. Según Meek los fisiócratas avanzaron respecto a la «teoría de los precios», no respecto a la «teoría del valor». Ela-

(1) Véase esta misma sección de TIEMPO DE HISTORIA, número 10.

boraron un modelo teórico de la economía que definía los límites de las opciones políticas, dando así el paso «de la política a la economía política» (p. 221). Por otra parte intuyeron más o menos confusamente que la acumulación de capital sólo podría maximizarse bajo condiciones de libertad económica y racionalizaron económicamente los intereses de una nueva clase de terratenientes sin títulos nobiliarios, según opina Meek, citando a Ware (p. 259-60). O, como escribía Marx, «el sistema feudal se presenta reproducido y explicado bajo las apariencias de la producción burguesa». Se trataba de «un sistema que se limitaba en el fondo, a erigir el sistema burgués de la producción sobre las ruinas del sistema feudal» (Marx, **Teorías de la plusvalía**. Madrid. Alberto Corazón, editor. 1974. Tomo I. Págs. 30 y 32, respectivamente). ■ **FERNANDO REIGOSA.**

ENTRE LA PASION Y LA IDEOLOGIA

La actividad cinematográfica de **Pier Paolo Pasolini** ha relegado a un segundo plano, sobre todo fuera de Italia, otra faceta muy importante del autor de «Accattone» y «Mamma Roma»: la de poeta. Importante no sólo **per se**, sino también por cuanto impregna en mayor o menor grado toda su obra, independientemente del medio expresivo utilizado.

En la colección Visor se publicaba, apenas unas semanas antes de la violenta muerte del poeta en la localidad de Ostia, próxima a Roma, un texto cardinal dentro de la producción poética pasoliniana, el titulado «**Las cenizas de Gramsci**», ganador del premio Viareggio en 1957, y que ha traducido Antonio Colinas.

Los poemas que integran el volumen, once en total, fueron escritos entre 1951 y 1956, años decididamente críticos que culminarían en la celebración del XX Congreso del Partido comunista de la URSS con el informe secreto de Jruschov sobre el culto estalinista de la personali-



dad, hecho que tendría su reverso, ese mismo año, en la sofocación del levantamiento húngaro por los tanques soviéticos.

Hasta ese momento, Pasolini, autor precoz, había publicado un buen número de poemas en friulano, que se recogerían después en un solo volumen bajo el título de «La Meglio Gioventù». La elección de ese dialecto hablado en la región septentrional de Friul, de donde procedía la madre del poeta y donde éste pasó, durante su niñez, largas temporadas no puede ser más significativa. A través de una lengua popular, aun no contaminada por la cultura burguesa, el poeta trataba de recuperar el mundo elemental y mítico de los orígenes (1).

Dos deseubrimientos casi simultáneos —Roma y Marx— iban a arrancar, sin embargo, al joven poeta de su ensoñación mítico-popular para arrojarle violentamente al mundo de la razón y de la historia.

La Roma pasoliniana no sería la del Imperio ni tampoco la de la moderna burguesía, sino la Roma subproletaria, la de los suburbios miserables

del Trastevere, cuya vida iba a reflejar tan fielmente en su novela documento «Ragazzi di Vita».

Del otro descubrimiento —el marxismo— y la crisis que provocaría en su conciencia de intelectual burgués, desgarrada en adelante entre un amor pasión casi visceral por el «milenario pueblo», siempre mitificado, y los fríos imperativos de la razón, de esa crisis profunda, jamás resuelta, ofrece dramático testimonio el poema central que presta su título al volumen comentado.

Durante un paseo por el cementerio romano de los Ingleses, un día de mayo envuelto en «aire impuro», se topa el poeta con la modesta tumba que allí tiene Antonio Gramsci. En medio de la paz mortal y del patricio tedio que destila aquel lugar, el fortuito visitante confiesa su drama: el del burgués **malgré soi** que no puede menos de amar el mundo que, sin embargo, odia, y ello gracias a un oscuro escándalo de la conciencia: «**El escándalo de contradecirme, del estar / contigo y contra ti; contigo en la luz / contra ti en las oscuras entrañas.**»

Más intensa que la luz que el ideólogo del PCI, lentamente asesinado por los fascistas, proyecta sobre su inteligencia es la pasión que alumbra en sus entrañas una vida proletaria elemental cuya «alegría, no su lucha», cuya «naturaleza, no su conciencia» son para él religión.

Esa crisis interior, biográfica, no es más que un momento de una crisis mucho más vasta, una crisis histórica que la trasciende y en la que aquella encuentra dolorosa confirmación. La ocupación de Budapest representa así para el poeta el trágico error de unos hombres de partido que no han sabido comprender al pueblo, pues a éste sólo se puede llegar a través del amor. Con esta profesión de fe descubre Pasolini sus raíces cristianas, de un cristianismo, eso sí, siempre heterodoxo, tanto o más que su marxismo (2).

La profunda e instintiva desconfianza de Pasolini hacia toda solución que no surja del propio pueblo, creador y espontáneo, su desprecio de todo cuanto signifique organización, su radical desesperanza frente a la

(1) Pasolini ha dedicado interesantes ensayos a la poesía dialectal y popular italiana en los que demuestra sus condiciones de filólogo.

(2) Véanse a este respecto los poemas de «L'Usignolo della chiesa cattolica».